



FRESCA

A Ignacio M. Luchichí

.....
Cuando tus formas se agitan
A respirarlas incitan
Como un manojo de rosas.»

RAFAEL OBLIGADO.

Es madrugadora: ama el aire ligero de las mañanas, el orto glorioso de la luz, los vuelos rápidos que cortan los horizontes, las primeras ordeñas de leche espumosa, los friolentos manojos de flores..... Desatando el abrazo de su amante, salta de la cama, baña su cuerpo con los menudos chorros de una esponja empapada, viste el más albo de sus percales, y va en busca de leche y de violetas. Por los ensortijados de su flotante cabellera resbalan las gotas de agua; sus narices se dilatan para aspirar la aromosa humedad, sus pupilas ju-
días se ensanchan ávidas de aurora, mientras camina, alerta y vivaz, con los juegos candentes de sus muslos y el fru-fru de sus so-

nantes enaguas. Una línea de marfil blanquea entre sus labios, y morenos tintes vinosos coloran sus mejillas. En el establo, ella misma coloca su jarro tapatío bajo las ubres de la vaca, hasta que rebosa el copete de espuma. Vase luego al Mercado de Flores á escoger las violetas más tiernas; se acerca á los grandes ramilletes de rosas, los aspira hasta embriagarse, y muchas veces le queda pegado en la punta de la nariz y de la barba el polen resinoso de los estambres rubios.

Prepara el almuerzo y entra á despertar á su amodorrado amante. A las palabras inútiles suceden las eficaces cosquillas; y mientras él refunfuña dando vueltas bajo las calientes sábanas, á ella se le salta la risa en sonoros borbollones; y con su risa y sus cosquillas lo encocora tanto, que al fin brinca de la cama, con el pliegue del mal humor en los labios y el penoso parpadeo del despertar en los ojos. A poco rato lo recobra la vida: la pereza se trueca en agilidad y el bostezo en chanza. El mantel limpidísimo, la untuosa mantequilla y el perfumado café aguzan su apetito, y á medida que los sabrosos bocados les contentan el alma, empiezan á retozarles los ojos y las lenguas y los pies, y son subidos de color los dichos, y subidas de fuego las miradas, y subidos de opresión los contactos..... Suena la hora *canalla* de oficina, y la enamorada ma-
drugadora de pupilas judías despiende á su

amante con un beso que guarda la frescura matinal de los ramilletes vírgenes.

*
* *

En el patiecito tiene sus macetas y sus pájaros. Es un verdadero jardín. Una enredadera florecida trepa sus volutas por alta escala de popotillo; entre grandes y lustrosas hojas abren las gardenias sus pétalos de cera candida; varas espinosas sostienen exuberantes corolas de castilla; de los búcaros de barro y de los canastos de mimbre desborda en mechales indóciles la cabellera de Flora, en la que prende el azahar sus reventados botones; en los barrotes de la ventana cuelga la Primavera lujosos chales; sobre los tapetes de musgo parece que ha caído una nevada de margaritas, y entre las mallas verdes asoman los alambrados de las jaulas y las alas amarillas de los canarios. Con el cabello recogido sobre la cabeza, como borla de seda china, enrollada hasta medio brazo una manga de la chaquetilla, va y viene entre sus tiestos, derramando con una regadera finísimos hilos de agua sobre las plantas lascivas, y arrojando puñados de granos á los picos voraces de los pájaros. Es su «Paraíso» este patio coqueto. No va á los teatros, ni á los bailes, ni á les almacenes; todas sus economías las gasta en un clavel ó en un jacinto; y al cabo de dos años ha logrado formar un bosque diminuto

y delicioso, en donde borda sus ilusiones. «Lo lava, lo peina, lo mimó, lo ama»: son sus palabras. Cubre con motas de algodón los botones nacientes de la gardenia, y forma «casitas» para las plantas delicadas, con columnas de carrizo y doseles de petate. El Invierno la entristece; Abril la alegra. Y allí vive: su amante pasa el día fuera, en el trabajo, y ella en el «Paraíso», sentada en una mecedora, balanceándose con la punta del pie, viendo girar los átomos de plata en un rayo de sol, sintiendo sobre su frente el aleteo de los abanicos primaverales y desgranando sus ensueños mientras gorjean los canarios de oro.

* * *

Con los ojos entrecerrados contempla las viñetas de sus recuerdos:

Hace dos años! Inclínada sobre una mesa de costura, codeando á las compañeras de labor, á la luz de la lámpara, extiende sobre la felpa de un sombrero las alas bermejas de un pájaro disecado. En la vidriera se dibuja una sombra..... Alguien espía..... Es un joven correcto, nervioso, el mismo que pasa todas las noches frente á la puerta. Ella se lo muestra con un guiño de ojos á la amiga vecina, lo miran las dos con provocativa coquetería, y riegan en el taller el claro retintín de sus risas.....

Noche oscura, noche de lodo y de frío.

Las goteras chorrean, el viento trae empapadas sus ráfagas..... Envuelta en su tápalo, la costurera camina rozando las paredes..... Un hombre la detiene, la ofrece un paraguas. Un ¡ah!..... un rubor que oculta la sombra, el rápido y acompasado andar de una pareja..... Después, en la puerta de una casucha de barrio, ella aprieta la mano del joven. — Gracias.—Hasta mañana. Un colibrí revoloteó en su fantasía. Una boca la besó en sueños con besos de almíbar.

La alcoba azul! Suspendido del techo con cadenillas nieladas de plata, el globo de luz tenue, de claridad lunar..... En la penumbra, como las abatidas alas del ángel custodio, las cortinas blancas del Tálamo!

Halos del alma!

* * *


Los domingos salen al campo, cuando la mañana asoma en Oriente rebujada en su pelo de vaporosos celajes. Delicias divinas! suaves como las manzanas de Galatea, puras como la fuente de Blandusia. Buscan los apartados sitios, las escondidas cañadas, donde la sombra sea más verde, más acojinada la hierba, más azules los claros de cielo, más parleros los raudales..... Entre las marañas de la vegetación, él abre paso á su querida, separando las varas espinosas; pero no falta alguna que se vuelva á prender la falda ó á rasgu-

ñar los dedos de la muchacha. La ayuda á trepar peñas y á brincar zanjas con disimulado provecho de los ojos bribones y de las manos astutas. La sostiene del talle cuando se inclina sobre el arroyo, trémula y risueña, para llenar su jícara que sale del agua desparramando un capelo de cristal. Y juegan y corren hasta caer rendidos, bajo la sombra de un árbol, sobre un lecho de mandrágoras. Redes de hojas sombrean su frente, mana precipitado su aliento, tiembla la curva de su seno..... Su cabellera negra y encrespada parece una piel salomónica en que descansa su cabeza. Qué bella está para el abrazo! Las lianas se enredan al árbol..... Qué bella está para el beso! Los panales destilan gotas de miel virgen..... Qué bella está para el amor! En la fuente de los helechos, el palomo sacude sobre la paloma su plumaje blanco.....

* * *

Y así viven. Aún la acaricia el aura de Abril que desabrochó su virginidad: está fresca como un raudal de aguas vivas, como un manojo de tiernas rosas, como el Verso del poeta argentino.

Febrero de 1893.



HARMONIAS TRAGICAS

CHOPIN-VALS

Al Duque Job.

Una alcoba azul, artísticamente coqueta. En el fondo, recostada en un diván, una mujer hermosa. Ernesto, de pie, pálido. Las luces vacilantes del crepúsculo cayendo en menuda red de oro sobre la escena.

LEONILA (con mirada de reproche).

Es decir que sólo tu violín puede tocar mi vals; que nadie escuchará tus inspiraciones ni en los paseos ni en los teatros, porque es imposible escribir esa música de tu alma, y que ni yo..... que tal vez algún día lejano..... qué significa eso, Ernesto? Oh, eres cruel conmigo, muy cruel!.....

ERNESTO.

Cruel no, amada mía, compasivo. No quiero hacerte sufrir mis sufrimientos; no quiero que oigas esta música extraña, dolorosa.....